

LA CONCEPCIÓN REPUBLICANA DE LOS DERECHOS EN UN MUNDO MULTICULTURAL

María del Carmen Barranco Avilés

El objetivo del presente trabajo es presentar algunos de los rasgos característicos del republicanismo para, a partir de ahí, tratar de analizar en qué medida nos encontramos ante una forma de ver la política que ofrece alternativas viables para afrontar los desafíos del «multiculturalismo».

1. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Sin embargo, la cuestión así planteada es excesivamente amplia. Los retos que presenta el «multiculturalismo» son demasiado heterogéneos y numerosos como para ser abordados en su totalidad en el espacio asignado. Además, resulta cuando menos discutible que desde el «republicanismo» se pueda ofrecer respuesta a todos ellos. Pensemos, por ejemplo, que un problema de multiculturalismo es el nacionalismo (se trata de realidades culturales que quieren un reconocimiento de su capacidad de autogobierno), pero que un problema de multiculturalismo es también el de la justificación de la intervención humanitaria.

Por eso, antes de comenzar con lo que sería el grueso de mi exposición, quisiera acotar, de entre todos los problemas del multiculturalismo, el que interesa, y que no es otro que la situación que se produce cuando, como consecuencia de los flujos migratorios, culturas muy diversas se ven obligadas a con-

vivir y, por lo tanto, a organizar conjuntamente la vida social. Se trata, pues, de afrontar uno de los múltiples retos que plantea la convivencia entre culturas y, además, se utiliza el término en un sentido descriptivo¹, esto es, en principio no se valora el multiculturalismo o se parte de que sea una situación a favorecer, sencillamente es un hecho que las sociedades occidentales actuales son multiculturales en un grado creciente.

Hasta ahora, la respuesta institucional ha partido de presupuestos liberales, desde los cuales cobra fuerza la idea de que los derechos son universales; que constituyen, en palabras de E. Garzón Valdés², un coto vedado; y que estos mismos derechos pueden clasificarse como derechos del hombre y derechos del ciudadano.

En relación con la idea de universalidad, el multiculturalismo —como situación— contribuye a que se tome conciencia de que bajo el manto de la idea liberal de universalidad —y, en general, los principios del humanismo Ilustrado— se encuentra (se ha encontrado siempre) una realidad cultural particular (la cultura occidental) que ha sido hegemónica. Esta reflexión no significa que se trate de principios despreciables o que dejen de ser valiosos, pero al menos puede ayudar a cuestionar el carácter de «verdades absolutas» con el que en algunas ocasiones se defienden los rasgos culturales definitorios del «occidentalismo».

La idea del coto vedado se reclama con diversas denominaciones, y con mayor o menor amplitud, y supone que hay determinados contenidos de justicia en las organizaciones jurídico-políticas, sobre los cuales no hay discusión (o, de otra forma, que pueden ser legítimamente impuestos a quienes pretendan convivir en el ámbito occidental —e incluso fuera de él—). El coto vedado constituye el límite infranqueable de lo que se puede tolerar.

Por otro lado, la distinción entre derechos del hombre y derechos del ciudadano plantea, en relación con el aspecto concreto

al que he dicho que me interesa referirme, la existencia de dos categorías de individuos, los «simplemente hombre» (que no tienen reconocida su capacidad de intervenir en la vida pública) y los ciudadanos. Merece la pena reproducir aquí algunas palabras de L. Ferrajoli, que asumo como crítica al papel que ha desempeñado la ciudadanía: «cabe constatar que la ciudadanía de nuestros ricos países representa el último privilegio de *status*, el último factor de exclusión y discriminación, el último residuo premoderno de la desigualdad personal en contraposición a la proclamada universalidad e igualdad de los derechos fundamentales»³.

La respuesta liberal presenta dos grandes deficiencias que han suscitado críticas a partir de la toma de conciencia del problema del multiculturalismo al que, insisto, aquí me voy a referir. Así, por un lado, se produce la reivindicación de un mayor reconocimiento de las diferencias. Se trata de llamar la atención sobre el hecho de que en algunas ocasiones la pertenencia —la identidad cultural— condiciona el ejercicio de los derechos (también de los «derechos del hombre») y el disfrute de la libertad y de la igualdad (que también son principios de la tradición liberal), por lo que algunas características culturales deben tenerse en cuenta, precisamente, en la configuración jurídica de la libertad y de la igualdad, del mismo modo que se tiene en cuenta la condición de mujer o de niño a partir del proceso de especificación de los derechos fundamentales⁴.

³ FERRAJOLI, L., «De los derechos del ciudadano a los derechos de la persona», *Derechos y garantías. La ley del más débil*, trad. P. A. Ibáñez y A. Greppi, Trotta, Madrid, págs. 97-123, pág. 117. Expresamente cita la residencia y la circulación como los dos únicos derechos reservados a ciudadanos que deberían serlo para las personas. No se ocupa de otro que resultaría esencial (aunque requeriría de algunas condiciones para ser reconocido, como la «residencia») que es la participación política.

⁴ Sobre el significado de la especificación, ver BOBBIO, N., «El tiempo de los derechos», *El tiempo de los derechos*, trad. R. de Asís, Taurus, Madrid, 1991, págs. 97-112. Ver muy especialmente el prólogo a esta obra que realiza G. Peces-Barba, pág. 10, así como los trabajos posteriores de este último autor, por todos, PECES-BARBA, G. (y otros), *Curso de derechos fundamentales*, BOE-Universidad Carlos III, Madrid, 1995.

¹ SARTORI, G., *La sociedad multiétnica: pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*, trad. M.A. Ruiz, Taurus, Madrid, 2001

² Esta idea, que ya es clásica en el autor, puede verse, por ejemplo en GARZÓN VALDÉS, E., «El consenso democrático: fundamento y límites del papel de las minorías», *Isonomía*, núm. 12, 2000.

Por otro lado, la distinción entre derechos del hombre y del ciudadano produce una sociedad fracturada entre los ciudadanos y los que no lo son. Teniendo en cuenta el modo en que he identificado el problema, los no ciudadanos son, normalmente, los sujetos que no comparten la cultura «dominante».

Una respuesta alternativa a la liberal es la que se ofrece desde el comunitarismo. Los comunitaristas subrayan que el individuo es un producto cultural. Sólo el hombre contextualizado puede ser un sujeto moral, por lo que estas teorías, llevadas a sus últimas consecuencias, dan prioridad como objeto de protección al grupo portador de los rasgos identitarios sobre el individuo. Dice uno de los más célebres —y acérrimos— comunitaristas: «Yo no soy capaz de buscar el bien o de ejercer las virtudes en tanto que individuo...Lo que concretamente sea vivir la vida buena variará con las circunstancias...Nos relacionamos con nuestras circunstancias en tanto que portadores de una identidad social concreta. Soy hijo o hija de alguien,...miembro de este o aquel gremio o profesión; pertenezco a este clan, esta tribu, esta nación... Heredo del pasado de mi familia, mi ciudad, mi tribu, mi nación, una variedad de deberes, legados, expectativas correctas y obligaciones. Ellas constituyen los datos previos a mi vida, mi punto de partida moral»⁵.

En relación con el problema que nos ocupa, las respuestas comunitaristas pueden asumir alguna de las dos siguientes formulaciones: o son relativistas, o no lo son. De tal forma que, si son relativista, deben proclamar la igualdad entre las culturas, lo que, desde los otros presupuestos, conduce a la incomunicación entre los miembros de los distintos grupos (el resultado es que no se produce una organización de la convivencia, sino una «guetización»⁶, a lo sumo se establecen mecanismos de relación entre las respectivas autoridades). Si, por el contrario, no se adopta el relativismo como punto de partida, es porque se da

prioridad a una cultura —que es la que se impone— sobre las otras. En uno y otro caso, el modelo resultante o bien dista mucho de ser democrático o bien, deja sin resolver el problema al que aquí nos enfrentamos, que es organizar la convivencia social entre personas portadoras de diferentes identidades culturales.

En este contexto, el republicanismo es interesante porque asume dos postulados del liberalismo que, creo, merece la pena mantener: el individualismo ético (la idea de que los sujetos morales son los individuos y no los grupos) y el universalismo (en el buen sentido, esto es, reconocimiento de la igual dignidad de todos los seres humanos). Sin embargo, además de interesante ¿Puede ser útil para ofrecer una respuesta al problema al que nos enfrentamos?

Por poner un ejemplo de cuestión que quedaría incluida en este ámbito temático, pensemos en la controversia que suscita en occidente el uso de velo en las escuelas (sobre el que se detiene, en este mismo volumen, Cristina García Pascual).

2. ALGUNAS CUESTIONES PREVIAS

2.1. Por qué el republicanismo

Hace cinco o seis años, cuando me enfrenté por primera vez al concepto de republicanismo, éste se asociaba con el discurso sobre la República como forma de Estado, frente a, por ejemplo, la Monarquía Parlamentaria del artículo 1.3 de la Constitución Española. Si bien es cierto que una cuestión interesante es la de plantear la compatibilidad del republicanismo y la Monarquía, no es a eso a lo que me voy a dedicar en estas páginas. No es a eso, entre otras cosas, porque hoy la teoría republicana ha empezado a reclamarse muy frecuentemente en el ámbito político español⁷ desde muy diversos órdenes de consideraciones. Así, a

⁵ MACINTYRE, A., *Tras la virtud*, trad. A. Valcárcel, Crítica, Barcelona, 1987, pág. 271.

⁶ LUCAS, J. DE., *El desafío de las fronteras*, Tecnos, Madrid, 1994, pág. 64.

⁷ Y no sólo teórico político; recordemos, desde hace un par de años, algunas opiniones de José Luis Rodríguez-Zapatero.

veces el republicanismo se presenta como panacea que permite salvaguardar la unidad de los Estados «plurinacionales». La palabra clave en este contexto es el *patriotismo constitucional*. De forma paralela, el republicanismo se quiere utilizar para dar respuesta a la falta de universalidad territorial de los derechos. En este caso, el término milagroso es el *cosmopolitismo cívico*. Por último, el republicanismo se reclama también en relación con las cuestiones del multiculturalismo, de modo que, al menos, merece la pena indagar en el sentido de esta propuesta.

A propósito del patriotismo constitucional, podemos pensar en él como «la asunción como propios de los intereses de la comunidad». Se trata de un rasgo que se reclama, de forma creciente, como la condición de una sociedad libre. Citando a Taylor, podemos identificar la tesis republicana a este respecto, como la defensa de que «el mantenimiento de una sociedad libre requiere ante todo, del patriotismo— requiere de sus miembros un grado de identificación alto con los intereses de la comunidad en la que viven»⁸. Sin embargo, el patriotismo en Taylor no es el patriotismo constitucional; en su caso, el patriotismo es lealtad a «una comunidad histórica particular», mientras el patriotismo constitucional supone convertir a la Constitución en el «modo de vida» sobre el que recae la lealtad colectiva; esto es, la Constitución pasa a ser el bien común —distinto de la suma de bienes individuales— con el que los ciudadanos están comprometidos⁹.

Frecuentemente se cita a Sternberger como el autor que en primer lugar formula esta idea del patriotismo constitucional que hoy ha encontrado acogida en España y que en general se ha he-

⁸ TAYLOR, Ch., «Equívocos: El debate liberalismo-comunitarismo», *Argumentos filosóficos*, trad. F. Birulés, Paidós, Barcelona, 1997, págs. 239-268.

⁹ TAYLOR, Ch., «Equívocos: el debate liberalismo-comunitarismo», ob. cit., pág. 260. De algún modo, el patriotismo constitucional reclama para sí un lugar intermedio entre la versión de la tradición republicana de Taylor y el «liberalismo procedimental», que configura este mismo autor, por cuanto la lealtad recae sobre los «procedimientos».

cho famosa a partir de su difusión por J. Habermas¹⁰. En la teoría de este autor (referida a la situación alemana a partir de la Ley Fundamental de Bonn), el patriotismo constitucional se contrapone al «patriotismo nacional» y supone, en la línea de lo ya expresado, lealtad a la constitución. Con al respecto del significado de la constitución a la que se debe lealtad, señala Sternberger¹¹: «el Estado constitucional moderno se caracteriza por el respeto y la garantía positiva de las libertades fundamentales individuales y colectivas; por cuerpos representativos en tanto órganos actuantes y por electorados ciudadanos que única y exclusivamente legitiman esos órganos. Se caracteriza también por el reclutamiento social de las élites dirigentes abierto, y por la alternancia en los cargos conforme a reglas de juego establecidas; por una información permanente y por la posibilidad legítima de debate y oposición; además, por múltiples formas de participación ciudadana en el proceso gubernamental, a través de asociaciones, gremios, organizaciones partidistas y, por qué no, de iniciativas ciudadanas; y, por último, por la creación de mayorías y la existencia del pluralismo y la competencia entre los partidos (con sus consignas, programas, y personal)».

Cuando se reivindica desde nuestro ámbito, se piensa, fundamentalmente en resolver el problema del Estado «plurinacional». En este contexto, el patriotismo constitucional es la fórmula que permite el establecimiento de vínculos entre las distintas nacionalidad y que, para sus defensores, hace posible la unidad sin imposición de una nación sobre otra. Así, para J. M. Rosales¹², el patriotismo constitucional supone, frente

¹⁰ Sobre el patriotismo constitucional en Habermas y Sternberger, y su traslación a España, ver PECES-BARBA, G., «El patriotismo constitucional. Reflexiones en el vigésimo quinto aniversario de la Constitución Española», *Anuario de Filosofía del Derecho*, núm. XX, 2003, págs. 39-61.

¹¹ STERNBERGER, D., *Patriotismo Constitucional*, trad. L. Villar Borda, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2001, págs. 106 y 107.

¹² ROSALES, J.M., «Sobre la idea de patriotismo constitucional», *Ciudadanía, nacionalismo y derechos humanos*, J. Rubio Carracedo, J.M. Rosales y M. Toscano Méndez (ed.), Trotta, Madrid, 2000, págs. 133-150.

al nacionalismo, una lealtad racional y emotiva a la Constitución (escrita y vivida), entendida como fórmula de garantía de la libertad.

Por su parte, el cosmopolitismo cívico es entendido de diversas maneras, pero una buena interpretación republicana puede ser aquella que lo ve como «lealtad, racional y emotiva, a un proyecto de sociedad civil cosmopolita y, en definitiva, a una forma de comunidad política pluralista»¹³.

Sin embargo, como ya apunté, no me interesa aquí ningún de los problemas a los que, en principio, se trata de dar respuesta con estas fórmulas por lo que en lo sucesivo las dejo de lado.

Permanece, pues, sin resolver, la cuestión de a qué se hace referencia cuando se alude al republicanismo y a ello me voy a referir a continuación.

2.2. Qué republicanismo. Tres advertencias

A mediados de los años 80 la recuperación del republicanismo como teoría política alternativa al liberalismo y al comunitarismo se extiende de forma contundente en los Estados Unidos (antes se produce una relectura republicana de la historia norteamericana, Bailyn en 1967, Pocock en 1975 y Wood en 1969¹⁴). Básicamente se pretende que la visión republicana supera algunos aspectos del liberalismo que son objeto de la crítica comunitaria —uno de los más significativos es la visión atomista de la sociedad—, pero mantiene otros que se fundamentan como valiosos —algunos de los más signifi-

cativos son la defensa del individualismo ético y de la democracia—. Por ejemplo, de 1988 es «Beyond the republican revival», de Sunstein¹⁵. También Habermas en *Facticidad y validez* (1992) se convierte en defensor de la tradición política del republicanismo. Todos ellos reclaman la idoneidad del republicanismo (que llaman nuevo) para recuperar la dignidad de lo político.

Las características que se le atribuyen como principales son distintas en los distintos autores y en función del ámbito en el que se construye. Y digo distintas y no incompatibles, porque, a pesar de que se piensa en el carácter relativamente novedoso de este tipo de discurso, existe cierta claridad en su conceptualización. Antes de enumerar los elementos que definen el republicanismo, y teniendo en cuenta que el interés aquí es analizar su capacidad para construir una respuesta más articulada que el liberalismo y el comunitarismo frente al problema del multiculturalismo, conviene realizar tres advertencias.

La primera nos lleva a señalar que el republicanismo no es, de ninguna manera, una concepción nueva de la política, muy al contrario, se trata de una forma de entenderla más antigua que el liberalismo.

Otra advertencia adicional tiene que ver con algunos errores históricos que son atribuidos a los «neorepublicanos» por diversos autores. Por ejemplo, A. Doménech, en su precioso libro *El eclipse de la fraternidad*¹⁶ identifica, como el más relevante error histórico que se les puede reprochar, el que conciben el republicanismo antiguo como una teoría política que se articula sobre el presupuesto de la homogeneidad social. Para quienes mantienen esta visión de la historia, los modernos aventajan a los antiguos republicanos por cuanto tratan de superar

¹³ ROSALES, J.M., «La educación de la identidad colectiva», *Ciudadanía, nacionalismo y derechos humanos*, ob. cit., pág. 132. Ver, desde otro orden de consideraciones, FERNÁNDEZ, E., *Dignidad humana y ciudadanía cosmopolita*, Dykinson, Madrid, 2001.

¹⁴ Ver la «Introducción» de la tesis doctoral de RUIZ, R., *La tradición republicana*, realizada bajo la dirección de R. de Asís y presentada en la Universidad de Jaén en junio de 2004.

¹⁵ Ahora en castellano en OVEJERO, F.; MARTÍ, L.; GARGARELLA, R. (compág.), *Nuevas ideas republicanas. Autogobierno y libertad*, Paidós, Barcelona, 2003, págs. 137-190.

¹⁶ DOMÉNECH, A., *El eclipse de la fraternidad*, Crítica, Barcelona, 2004.

este defecto¹⁷. En todo caso, la versión de republicanismo que interesa aquí es precisamente la nueva que representan autores como Sunstein, Elster o Michelman.

En tercer lugar, quiero insistir en que liberalismo y republicanismo no son dos tradiciones enfrentadas. Históricamente no hay autores liberales frente a autores republicanos, aunque, especialmente en la actualidad, sí es posible identificar dos discursos diferentes. Las diferencias se refieren especialmente al papel del individuo y del Estado y al modo en que se articulan las relaciones entre ellos y, por tanto, suponen dos formas distintas de entender los derechos fundamentales y los valores en los que se fundamentan¹⁸. En este sentido, el republicanismo compatible con la idea de derechos fundamentales no es comunitarista, sino que, como se ha apuntado, se mantiene en el individualismo ético (esto es, en la idea de que la personalidad moral se atribuye a los individuos —a todos los individuos por igual— y no a los grupos).

El republicanismo se define por su concepción del individuo, de su libertad, de la ciudadanía, de la comunidad y del Estado. Todos estos elementos pueden agruparse en dos, así pues, veremos el republicanismo como una concepción del individuo, de su libertad y de la ciudadanía, por un lado, y de la comunidad —que los republicanos reconducen al Estado— por otro.

3. INDIVIDUO, CIUDADANÍA Y LIBERTAD

En relación con el primero de los elementos citados, es decir, desde la concepción del individuo, cabe decir que desde el republicanismo, en primer lugar, se extraen consecuencias políticas de un rasgo antropológico, la capacidad de solidari-

dad, de altruismo...que permite pensar en la fraternidad como en un valor. No es que el liberalismo niegue, sin excepción, que el ser humano sea capaz de solidaridad, pero, en todo caso, una posición liberal se caracteriza, frente a una posición republicana, porque no extrae consecuencias políticas de ese dato¹⁹.

La solidaridad se entiende aquí como vinculación entre el individuo y la sociedad. J. de Lucas incide en esta dimensión para diferenciar la solidaridad, cuando se entiende ya no como un dato de la condición humana, sino como un rasgo valioso de lo humano, por lo tanto, como un valor, de otros valores (como la igualdad y la libertad). Si aceptamos su argumentación, «la solidaridad requiere asumir la lógica de la acción colectiva, esto es, asumir también como propios los intereses del grupo, es decir, de lo público, de lo que es de todos, y esa titularidad común acarrea asimismo el deber de contribuir, de actuar positivamente para su eficaz garantía, en la medida en que se trata de una responsabilidad de todos y cada uno»²⁰.

De este modo, la concepción republicana, presenta, frente a la liberal, una definición distinta de los valores de la ética pública (esto es, de los valores que el poder político debe asumir y trasladar al Derecho para poder presentarse como un poder legítimo). Recordemos que, del catálogo posible, los valores que no son contestados son la libertad y la igualdad (y no son contestados sólo en cuanto a nombres, porque ambos admiten interpretaciones muy diversas, la más sonada discusión es la que enfrenta a los defensores de la libertad y de la igualdad formales —liberales en este sentido— y a aquellos que consideran que el reconocimiento formal de la libertad y de la igualdad únicamente sirve para enmascarar situaciones de falta de libertad o de falta de igualdad, si no va

¹⁷ Frank Michelman afirma expresamente que no es este un defecto imputable a la concepción republicana MICHELMAN, F., «Law's Republic», *The Yale Law Journal*, vol. 97, núm. 8, 1988, págs. 1493 y ss.

¹⁸ BARRANCO AVILÉS, M.C., «Notas sobre la libertad republicana y los derechos fundamentales como límites al poder», *Derechos y Libertades*, núm. 9, 2000, págs. 65-91.

¹⁹ Una presentación «desencantada» del individuo en el liberalismo, en OVEJERO, F., *La libertad inhóspita: modelos humanos y democracia liberal*, Paidós, Barcelona, 2002

²⁰ LUCAS, J. DE, *El concepto de solidaridad*, 2.ª edición, Fontamara, México, 1998, pág. 90.

acompañado de medidas que conviertan la posibilidad de disfrute de ambos en real y efectiva —son «socialistas» en este sentido.

Pues bien, también hay autores que incluyen la solidaridad entre los valores de la ética pública. Afirmar que la solidaridad es un valor jurídico que fundamenta derechos, supone aceptar una concepción del Estado que se aleja de la liberal²¹. Se trata de considerar que el Estado es un bien si se organiza de un determinado modo (tendremos ocasión de concretar con posterioridad el significado de esta idea, de momento, vaya por adelantado que este es uno de los elementos claves que definen la concepción republicana)²².

Desde el presupuesto de que el hombre es un ser social, que sólo puede desarrollarse en el contexto de una organización política, se trata de establecer los requisitos que conviertan a la organización política en un instrumento al servicio del desarrollo individual. Como decía, en esta concepción el individuo no es el «egoísta racional» al que la mentalidad liberal nos tiene acostumbrados, sino un sujeto capaz de adoptar decisiones altruistas.

Si pensamos en el distinto papel que se otorga a la participación política en las dos tradiciones, podemos hacernos una idea clara del significado de cada una de ellas. En el esquema liberal, cuando el individuo interviene en los asuntos públicos, lo hace desde el punto de vista de «maximizar» su propio interés. En un modelo compatible con la solidaridad, es posible encontrar mecanismos que hagan que el ciudadano participe teniendo en cuenta el interés general.

Esta concepción del individuo y del modo en que se relaciona con la sociedad no es comúnmente admitida, por eso

²¹ BOBBIO, N., «Estado, poder y gobierno», *Estado, Gobierno y Sociedad. Por una Teoría General de la Política*, trad. J.F. Fernández Santillán, Fondo de cultura Económica, México, 1994, págs. 176-187.

²² BARRANCO, M.C., «Notas sobre la libertad republicana y los derechos fundamentales como límites al poder», *Derechos y Libertades*, núm. 9, 2000, págs. 65-91.

tampoco lo es la idea de que la solidaridad forme parte de la «ética pública» y se critica, desde distintos planteamientos, la propuesta²³. Desde posiciones individualistas a ultranza se rechaza que sea un ideal a conseguir, fundamentalmente se señala como un planteamiento incompatible con los derechos. Para algunos autores, desde otros puntos de vista, se trata de un valor que escaparía del contenido que legítimamente puede asumir el Derecho²⁴.

Además de la inserción de la solidaridad en el catálogo de los valores en los que se fundamenta la organización político-jurídica, una concepción republicana altera la comprensión de los valores porque supone un entendimiento distinto de la libertad.

La libertad como fundamento último de los derechos y de los valores es, en la lectura liberal, la libertad entendida como no interferencia. Se trata, por tanto, de proteger la libertad natural a través del Derecho. Sin embargo, para el republicanismo, la condición de libre es una condición política.

Puesto que el individuo del republicanismo únicamente se realiza mediante su inserción, como ciudadano, en la comunidad política, en la república²⁵, la adecuada ordenación de la república constituye el requisito de la realización de los individuos. Esto supone dos cosas. La primera que la república bien ordenada ya no es un límite, sino la condición *sine qua non* de la libertad; la segunda, que la libertad se construya como no dominación arbitraria. Se es libre en la medida en que se elimina la posibilidad de que otro sujeto pueda interferir arbitraria-

²³ La propuesta de la solidaridad en términos de ética pública se encuentra claramente articulada en PECES-BARBA, G., *Ética, poder y Derecho. Reflexiones ante el fin de siglo*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1995.

²⁴ El Derecho positivo, afirma Eusebio Fernández, debe basarse en una ética cívico-política de mínimos, la solidaridad pertenece a una ética cívico-política de máximos, se sitúa en el campo de los deberes morales. FERNÁNDEZ, E., *Filosofía Política y Derecho*, Marcial Pons, Madrid, 1995, págs. 18-20.

²⁵ DOMÈNECH, A., «Individuo, comunidad y ciudadanía», *Retos pendientes en ética y política*, J. Rubio-Carracedo, J.M. Rosales y M. Toscano, Trotta, Madrid, 2002, págs. 29-45.

mente los propios planes de vida²⁶, y no en la medida en que se esté exento de interferencias; muy al contrario, las interferencias no arbitrarias suponen una condición de la formación individual.

En relación con la cuestión del multiculturalismo que aquí nos ocupa, la visión republicana de la sociedad tiene varias consecuencias. La primera guarda relación con el pretendido carácter universal de los derechos, y recupero aquí los aspectos en los que la respuesta liberal se justificó como insuficiente. Parece que adoptar un punto de partida republicano facilita el reconocimiento de los condicionantes culturales como requisitos de la libertad, y no ya únicamente como obstáculos. Ciertamente, estos condicionantes pueden un obstáculo a la libertad, lo son, de hecho, cuando favorecen situaciones de dominación, pero no en caso contrario.

Además, intuyo que desde el republicanismo es más fácil justificar que la condición de individuos supone el reconocimiento de la condición de ciudadanos (lo contrario sería negar al individuo la capacidad de realizarse). La principal ventaja de la ciudadanía republicana frente a la liberal es que no es, en principio, un concepto excluyente²⁷; esto es, a diferencia de lo que ocurre en el esquema liberal, el papel de la ciudadanía no es la exclusión de de-

²⁶ DOMÈNECH, A., «Individuo, comunidad y ciudadanía», ob. cit., pág. 32, «No es libre en este sentido republicano tradicional quien, pudiendo ser interferido por otros, no se ve interferido de hecho (por pura casualidad, o por tener un amo poco riguroso, etc.). Ni está menguado en su libertad, en esa misma acepción de la palabra, quien se ve interferido por otros de maneras que *no* son arbitrarias. La libertad republicana, a diferencia de la libertad liberal, puramente negativa, es un concepto disposicional: soy libre cuando no estoy bajo la mano o la potestad de nadie, cuando nadie podría —hágalo de hecho o no— interferir a su arbitrio en mis planes de vida. Y no carezco de libertad, sino, al contrario, se promueve mi libertad, cuando otros libres pueden interferir en mi vida de maneras no arbitrarias. El troquelamiento de mi carácter, la formación de mi identidad individual a lo largo del tiempo, la constitución de mi existencia separada y autónoma, acontece por la vía de la mutua interferencia no-arbitraria entre libres y, por lo mismo, presupone mi libertad».

²⁷ PÉREZ LUÑO, A.E., «Ciudadanía y definiciones», *¿Ciberciudadanía o ciudadanía. com?*, Gedisa, Barcelona, págs. 17-57, incluso desde la defensa de

terminados sujetos de la posibilidad de adopción de decisiones públicas, sino el de convertirse en cauce para el desarrollo individual. Además, y este sería otro orden de consideraciones, el republicanismo permite habilitar la noción misma de ciudadanía (frente a quienes, como L. Ferrajoli²⁸, propugnan su superación).

Por otro lado, el republicanismo parece una plataforma adecuada para encontrar un punto intermedio entre el relativismo y la idea de los derechos como un coto vedado. Precisamente por el modo en el que el republicanismo define las ideas de identidad y de libertad, éstas consisten, en parte, en la capacidad de reflexión crítica sobre la propia identidad. Efectivamente, señala Michelman que «el republicanismo contempla un individuo cuya identidad y libertad consisten, en parte, en su capacidad para la reconsideración crítica y reflexiva de los fines y cometidos que ya tiene y que le hacen ser quien es»; las fuentes de autocrítica provienen, necesariamente, del contraste con las concepciones de otros individuos. Esta concepción del proceso a través del cual el individuo se realiza, supone, según el autor, que una concepción republicana moderna de la libertad política hace una virtud de la pluralidad y de la posibilidad de discutir desde concepciones contrapuestas (incluso desde concepciones del bien contrapuestas)²⁹.

Así pues, la idea del individuo que persigue su autonomía mediante la discusión con otros individuos, aboca a la discusión, también a la discusión de la definición del coto vedado, como

la ciudadanía asume algunas de las críticas que atribuye a J. de Lucas («El vínculo social. Entre ciudadanía y cosmopolitismo», «Suscribo no obstante, sin reservas, la crítica planteada por De Lucas a la noción puramente nominal y depontenciada de eficacia de la ciudadanía para excluir a determinadas personas o grupos de su disfrute»).

²⁸ FERRAJOLI, L., «De los derechos del ciudadano a los derechos de la persona», *Derechos y garantías la ley del más débil*, Trotta, Madrid, 1999, págs. 97-123. Ver también FARIÑAS, M.J., *Globalización, ciudadanía y derechos humanos*, Dykinson, Madrid, 2000.

²⁹ MICHELMAN, F., «Law's Republic», ob. cit., pág. 1528, «It (el republicanismo) contemplates, then, a self whose identity and freedom consist, in part, in its capacity for reflexively critical reconsideration of the ends and commitments that it already has and that make it who it is. Such a self necessarily obtains its

fórmula para resolver las controversias a propósito de las distintas concepciones del bien. También subsiste, no obstante, un elemento que no es criticable, que es la necesidad de establecimiento de cauces que hagan posible la comunicación y la crítica. En el republicanismo que hoy se reclama, esos cauces deben estar presentes en la sociedad civil, pero, sobre todo, se confía en el Estado y en el Derecho como el ámbito y el instrumento adecuados para acondicionarlos.

4. LA COMUNIDAD Y EL ESTADO

En cuanto al papel de la colectividad la concepción liberal, el Estado se concibe como un mal. Dado que la organización estatal, por definición, supone interferencias en la esfera individual, el Estado es también un necesario límite a la libertad. De este modo, mejor cuanto menos Estado —lo cual no significa que no puedan fundamentarse derechos prestacionales a partir de una filosofía política liberal.

Muy al contrario, en el republicanismo, el Estado aparece como un bien, siempre y cuando se organice de determinada manera, es decir, siempre y cuando esté «bien ordenado». En el Estado de Derecho, el Estado es un bien porque el interés general coincide con el individual «virtuoso» —la de virtud es otra de las ideas republicanas— o legítimo. Precisamente, la idea de derechos hace referencia a los elementos en los que coincide el interés individual y el general. Encontramos ejemplos de esta concepción en la jurisprudencia de nuestro Tribunal Constitucional, es la tesis que ha logrado imponerse, por ejemplo, en relación con la libertad de expresión ³⁰.

self-critical resources from, and tests its current understandings against, understandings from beyond its own pre-critical life and experience, which is to say communicatively, by reaching for the perspectives of other and different persons.»

³⁰ Ver BARRANCO, M.C., «El concepto republicano de libertad y el modelo constitucional de derechos fundamentales», *Anuario de Filosofía del Derecho*, núm. XVIII, 2001, págs. 205-226.

Entiendo, en relación con este aspecto, que el republicanismo aventaja al liberalismo en la posibilidad de fundamentar el establecimiento de límites al poder. Efectivamente, en materia política, la idea del republicanismo es habilitar instrumentos que hagan posible la no dominación arbitraria lo que consiguen mediante el establecimiento de controles a los gobernantes y de cauces para la expresión de los ciudadanos ³¹. Además, en relación con el tema que nos ocupa, porque la política constituye, desde este punto de vista, el ámbito en el que se produce la discusión entre concepciones culturales alternativas. Los ciudadanos son capaces de dejar de lado el interés individual espurio y reflexionar sobre la base del interés general, lo que, además, va a revertir en su propio interés.

Se contraponen así dos concepciones de la política que han dado en llamarse «la política como mercado» y «la política como deliberación». La primera de estas representaciones es coherente con una «fundamentación pluralista» que, según Michelman, consiste en los siguiente: «dados los varios, parcialmente complementarios pero parcialmente conflictivos fines e intereses prepolíticos de los individuos afectados y dados también las inevitablemente competitivas y estratégicas realidades de la interacción social (política y económica incluidas), es racional para cada afectado preferir la constitución en cuestión a la siguiente mejor alternativa prácticamente realizable» ³², de este modo, la participación en política tiene el sentido, desde el punto de vista del individuo, de permitir una mayor satisfacción de los intereses individuales. Desde el punto de vista estatal, el interés general se determina como suma de intereses individuales.

Por el contrario, desde la concepción discursiva de la política, coherente con la filosofía republicana, el foro público es el ámbito de deliberación sobre los asuntos que interesan a los ciudadanos.

³¹ GARGARELLA, R., «El republicanismo», *Teorías de la justicia después de Rawls*, Paidós, Barcelona, 1999, págs. 161-190, pág. 167. Ver también PETTIT, PH., «Liberalismo y republicanismo», *Nuevas ideas republicana*, ob. cit., págs. 115-136.

³² MICHELMAN, F., «Law's Republic», ob. cit., pág. 1510.

Fundamentalmente, la concepción deliberativa de la política se recupera como respuesta a lo que se consideran «insuficiencias» del modelo pluralista. En concreto, el objeto principal de las críticas lo constituye la visión mercantilizada de los procesos políticos.

Quienes defienden la democracia deliberativa se están enfrentando a la idea de que lo político es el ámbito en el que se «negocia», a partir de intereses individuales concurrentes y, en su lugar, proponen, como objetivo de la discusión política, el consenso sobre cuál debe ser la respuesta que satisfaga, en mayor medida el interés general.

5. EL REPUBLICANISMO CAPAZ DE AFRONTAR EL MULTICULTURALISMO

En estas condiciones, podemos volver a plantearnos si el republicanismo es una mejor respuesta al multiculturalismo que el liberalismo. Recordemos una vez más que aquí nos enfrentamos únicamente a una de las cuestiones relacionadas, que es la necesidad de organizar la convivencia entre personas portadoras de identidades culturales heterogéneas.

A tenor de lo expuesto, parece que merece la pena explorar este tipo de propuestas, porque lo cierto es que el modelo liberal actual es contradictorio con los propios valores de pluralismo, universalismo e igualdad, en los que se inspira. Sin embargo, el republicanismo sólo puede ser adecuado con algunas condiciones:

1. La primera es que seamos capaces de separar los problemas de quienes reclaman la «integración» en la sociedad de acogida (por tanto, la extensión de la ciudadanía) —este es, entiendo, el ámbito del multiculturalismo— y quienes reclaman que se les respete su «autogobierno» —en este caso nos movemos en el ámbito del «nacionalismo»—³³. Yo sólo me voy a referir al

³³ La distinción la encontramos en KYMLICKLA, W., *Multicultural Citizenship, A Liberal Theory of Minority Rights*, Oxford University Press, 1995, pág. 2.

primer tipo de problemas (lo he repetido de forma insistente), porque el segundo asume distintas implicaciones.

2. La segunda tiene que ver con un problema frecuentemente discutido en relación con el republicanismo que es que la solidaridad requiere de cierta homogeneidad, en el sentido de que para sentir como propios los intereses de otro, es necesaria la identificación con ese otro. Precisamente, el reto que el multiculturalismo plantea a la filosofía política es la «diversidad radical»³⁴ y la necesidad de encontrar un punto de encuentro entre la asimilación y el relativismo, por eso, el republicanismo sólo será pertinente en relación con este problema cuando mantiene la pluralidad como una «virtud».

En relación con esta cuestión, algunos autores subrayan la idea de que la identidad puede ser construida³⁵. Y ciertamente esta es una de las ideas claves del republicanismo, que confiaba en la educación y ahora confía en el derecho como los instrumentos adecuados para producir esos vínculos necesarios. Sin embargo, conviene aquí advertir de que en cierto modo, se trata de atribuir a la comunidad política la capacidad para fomentar aquellos aspectos que hagan posible el mínimo de concordancia³⁶ y eso es siempre arriesgado.

En este sentido, considero necesaria otra condición.

3. La tercera, pero no por ello menos importante, condición esencial para la utilidad de una respuesta republicana al pro-

³⁴ TOSCANO MÉNDEZ, M., «Nacionalismo y pluralismo cultural. Algunas consideraciones», *Ciudadanía, nacionalismo y derechos humanos*, ob. cit., págs. 71-86, pág. 77, aunque no utiliza la denominación, describe esta circunstancia.

³⁵ J.M. ROSALES, «La educación de la identidad cívica: sobre las relaciones entre nacionalismo y patriotismo», *Ciudadanía, nacionalismo y derechos humanos*, ob. cit., págs. 117-132, pág. 118, afirma que la tradición republicana de la política contempla «la identidad ciudadana como resultado de un diseño constitucional». Recordemos que este es en gran medida el sentido de la idea de patriotismo constitucional de Stenberberg.

³⁶ GINER, S., «Para una sociología del republicanismo»; *La democracia a debate*, J.A. López, J.A. del Real y P. Ruiz (ed.), Dykinson, Madrid, 2002, págs. 57-75, pág. 68.

blema al que nos enfrentamos, es que mantenga una concepción «dinámica» de la condición de ciudadano.

Michelman lo llama, indeterminación legal, que permita la búsqueda constante de la inclusión del otro³⁷ y resume así la idea: «por lo tanto la sugerencia es que la persecución de la libertad política a través del derecho depende de nuestra constante posibilidad de llegar a alcanzar la inclusión del otro, del hasta ahora excluido— lo que en la práctica significa traer a la doctrina jurídica la presencia de las voces hasta ahora ausentes de los grupos sociales auto-conscientes que van emergiendo».

Por tanto, el republicanismo puede mejorar al liberalismo en tanto en cuanto mantiene una concepción «dinámica» del acceso a la ciudadanía. En este sentido, el republicanismo es interesante siempre y cuando sepamos construir un concepto de ciudadanía capaz de integrar al que es el otro por razones culturales y de permitirnos escuchar su voz discordante. La construcción de una ciudadanía es así un problema previo al de la organización de la convivencia y es, a mi entender, la clave para afrontar la nueva situación generada por los flujos migratorios.

Como ya he apuntado, el republicanismo, no es una fórmula mágica y no permite solucionar el problema de la noche a la mañana, pero creo que merece la pena intentarlo.

³⁷ MICHELMAN, F., «Law's Republic», ob. cit., pág. 1529